

La Guerra So

Por JOSE MARTI

Este veredicto lanzado contra nosotros es el anatema de las clases ricas sobre sus expoliadas víctimas, el inmenso ejército de los asalariados. Pero si creéis que ahorcándonos podéis contener el movimiento obrero, ese movimiento constante en que se agitan millones de hombres que viven en la miseria, los esclavos del salario, si esperáis salvación y lo creéis, ahorcadnos!... Aquí os halláis sobre un volcán, y allá y aquí y debajo y al lado y en todas partes fermenta la Revolución. Es un fuego subterráneo que todo lo mima. Vosotros no podéis entender esto.

(Del discurso de AUGUSTO SPIES)

El Primero de Mayo, día de los trabajadores, tiene un origen inconfundible de lucha y rememoración. El día ese día del año 1887 por la Federación de Trabajadores de Estados Unidos y Canadá, para iniciar la huelga general en demanda de la jornada de 8 horas, trajo por consecuencia los acontecimientos acaecidos en Chicago días después y los cuales describe la pluma maravillosa de Martí en los párrafos que siguen, fragmento de la extensa y conmovedora correspondencia que envía desde New York en Noviembre 12 de 1887 al periódico «La Nación», de Buenos Aires, con el título de «El Drama Terrible—La guerra Social en Chicago». Por este suceso fueron condenados a muerte los luchadores obreros Augusto Spies, Alberto R. Parsons, Adolfo Fischer, Georges Engel, y Luis Lingg, —quien se suicidó en la prisión en la forma que detalla Martí a cadena perpetua Miguel Schwab y Samuel Fielden, y a reclusión por 15 años Oscar W. Neebe. Los condenados injustamente a muerte, fueron ejecutados el 11 de noviembre de aquel año; este crimen conmovió profundamente la conciencia del proletariado internacional, que consagró posteriormente el primero de Mayo a los mártires de Chicago y a todos los que han caído en defensa de la causa obrera en todos los países, así como a la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores y por la demanda de condiciones de vida más humana.

«Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambrunas, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la República, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no ex-

cediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quién quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinados y lívidas las mujeres, cuando aun no ha cesado de reposar el sol.

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alaridos, alistado el fusil de motín la policía, y no con la calma de la ley, sino con la prisna del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lígubres del anarquismo y a los maguilados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque, hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarse a su demanda. En masa, como la Orden de los Caballeros del Trabajo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo auortajaran; mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río; pero en aquella sorda calma, como el orfama triunfante del poder industrial que viene al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de Mc Cormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros aterrorizados que subían calle arriba, con la levita el hombre, enseñando el puño cerrado al hilo de humo. «no va siempre el hombre, por miste-

Yo amo a mis hermanos los trabajadores como me amo a mismo. Yo odio la tiranía, la maldad y la injusticia. El siglo XIX comete el crimen de ahorcar a sus mejores amigos. No tardará en sonar la hora de arrepietimiento. Hoy el sol brilla para la humanidad, pero puesto que para nosotros no puede iluminar mis dichosos días, me considero feliz al morir, sobre todo si mi muerte puede adelantar un solo minuto la llegada del venturoso día en que aquél alumbra mejor vida para los trabajadores. Yo creo que llegará un tiempo en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la esplendorosa mañana del mundo emancipado, libre de todas las maldades, de todo los monstruosos anacronismos de nuestra época y de vuestras caducas instituciones.

(Del discurso de SAMUEL FIELDEN)

rioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escharbar su propia miseria? ¡Allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre! ¿No se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón, en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos? Pues ¿no es esta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan? ¡De veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores! Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas miserables que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de Mc Cormick caracolea sobre el molino; ya se acerca la hora de salida. «¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!» «¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!»

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en mano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies, primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: «¡ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!» Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino. ¿qué importa lo que está diciendo Spies? arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso! «¡Aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!» ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y estropean: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entieren los obreros seis cadáveres.

De la imprenta del «Arbeiter» salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus muje-

res y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: «Trabajadores, a las armas,» habló de la injuria con cáustica elocuencia, más no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: «¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?» decía Spies, Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden pregntaba en breve arranque si, puestos a morir, no era lo mismo arrancar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo—nótase que la multitud se arremolinó; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. —Llega a la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; «¿qué hemos hecho contra la paz?» dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vió descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilorajo. Tiembla la tierra; hunde se el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor superhumano, salta por sobre sus compañeros a bala granada contra los trabajadores que le resisten: «¡huimos sin disparar un tiro!» dicen unos; «¡apenas intentamos resistir!» dicen otros; «¡nos recibiremos a fuego raso!» dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Porzaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza: otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza, y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanao como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marx; Parsons, Danton. ¿Qué? ¡menos! esos son bestias feroces. Tinviles, Henriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el mudo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las cales, como ellos quisieron cazar ayer a un poliojal! ¡Salúdeseles a balazos por donde quiera que ascen, como sus mujeres saludaban ayer a los «traidores» con huevos podridos!... No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquellos de París que arañaban la pared para dar cal con qué hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asal-

tando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de colchidium! ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab, y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de safo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de la «medicina» y de un rival suyo, de Paulus el Grande, «que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch.» A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Ya Lingg, de su cueva; ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver; el policía lo abraza; y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquimil lleno de tuercas, escoplas y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga! ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repleta las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar, pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y 4 anarquistas comprados, uno de ellos confesó de perjurio. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vió por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjurio fue quien dijo, y desdijo luego, que vió a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engels, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el «Arbeiter» la palabra «Ruhe.» Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de «manuales de guerra revolucionaria.» Lo que si se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que si sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que estremece es la desdicha de la leal Nina van Zandt, que preñada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso, llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fué a echar de

rodillas a los pies del Gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de cattervas crueles de chicuelos para «pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo.» ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la Penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley, y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién, que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prevenir la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa la supremacía, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea recordamiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo; que los gremios obreros de la República envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¿Quién nos defenderá mañana, cuando se alee el monstruo obrero, si la policía se ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¡Que ingratitud para con la policía, no matar a esos hombres! «¡No!» grita un jefe de la policía, a Nina van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del estado el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo; de la ciudad salen y entran repletos los trenes; Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancias de su abogado, una carta al go-